

RAÚL ANDRADE, SÁTIRA Y FICCIÓN

Javier Ponce

¿Cómo mirar al poder sin que nos asalte el deseo de apretarle el cuello? ¿Cómo mirarlo de frente y describirlo en toda su estulticia? ¿Cómo desnudarlo y que sus carnes ulceradas queden al descubierto?

Son los interrogantes que se formula un periodismo que actúa desde los límites de ese mismo poder. Pero a pesar de todo, el poder sobrevive, permanece aunque marcado de pústulas, y hay quienes no tienen empacho en exhibirlas.

El periodismo no lo ha derrotado. Pero lo ha descrito. Y esa descripción revive cotidianamente la frontera entre el ciudadano y el poder.

En esa línea, encuentro un periodismo que ha convertido a la ficción en el insospechado camino para subrayar las desmesuras del poder. Y ese es, tal vez, el momento en el que Raúl Andrade es el escritor que tanto extrañamos, nacido hace cien años y que cubrió con sus crónicas buena parte del siglo pasado. El Andrade que fundó con sus artículos una verdadera «Corte de los Milagros», en la que las cúpulas transcurren y discurren integrando escenas esperpénticas.

El estilo del esperpento que le permitió a Raúl Andrade combatir al poder político desde la ficción. Construyendo personajes que, en la medida en que se convierten en caricatura, revelan la condición caricaturesca del ejercicio autoritario.

La literatura latinoamericana acudió al esperpento y el delirio para pintar al dictador. Lo hizo García Márquez en *El otoño del patriarca* o Roa Bastos en el *Yo el Supremo*.

En 1934, Raúl Andrade ya dio los primeros pincelazos de esa desmesura paradójicamente ridícula que permite aproximarnos a la naturaleza real del poder omnímodo. En el caso de Andrade, fue la figura de Velasco Ibarra.

Evoquemos dos momentos de su libro *Cocktails*:

Su excelencia está triste. Como en la sonatina Adriana, en el palacio nadie sabe la causa. La oficina de investigaciones ha movilizado a sus más hábiles detectives. Los corredores de la Casa Presidencial tienen un cierto aire enlutado. Los bufones están acurrucados escondiendo el desaire. Se han formado corrillos misteriosos. En todos se inquiere los probables motivos de la crisis de su excelencia. Tal vez —napoleoncito de escayola— añora la más insignificante conquista brummeliana. Ah! Su juventud sin risas y su calvicie prematura. Calvicie de hombre a quien el excesivo estudio no dejó tiempo para eliminar la caspa, siquiera con un lavado semanal.

Pero la crisis de su Excelencia no armoniza con una decoración de cisnes desmayados. Requiere de un violento tropel de lacayos en fuga. Y un friso de pinches de cocina asustados y temblorosos que contemplan melancólicamente los restos de la vajilla de porcelana en el que le fue servido el desayuno. Las tristezas de su Excelencia se resuelven en soperas despedazadas contra el suelo.

Por fin se ha descubierto la causa de la irritación de su Excelencia. Se le han perdido los gemelos de la camisa... Los detectives han realizado una investigación concienzuda. En el vaso de noche. Entre los pliegues de la alfombra. Dentro de las pantuflas. Debajo del lecho presidencial. Han sacudido sábanas, frazadas, edredones y almohadas.

Su Excelencia ha cantado el responso de sus gemelos inolvidables... Sonaban suavemente al apretarlos en los puños. Con el sonido inimitable de los parásitos aplastados entre las uñas de los pulgares. Recreaban tanto su vista, como dos isillas doradas en un mar que nunca concluyese.

O este otro fragmento del mismo *Cocktails*:

Su Excelencia padece de insomnio. Refiere la conseja que pasea en largo camión de dormir —enemigo irreconciliable de la pijama— por los corredores presidenciales. Atormentando el sueño sobresaltado de la servidumbre. Haciendo chirriar los goznes mal aceitados de las puertas. Encendiendo bruscamente las lámparas y tocando sonatas isócronas e infernales en los vidrios de las galerías. Silbando el tango antiguo, melancólico y dulzarrón «la percanta está triste». Su Excelencia pasea vestida de fantasma por los pasillos presidenciales...

García morenito se entretiene en las noches de insomnio en esconder los floreros, los relojes de mesa, las terracotas, para poder hablar contra sus irreconciliables enemigos: los ladrones. A pesar de lo cual conserva amistad estrechísima con numerosos partidarios suyos.

Raúl Andrade no acude a la adjetivación del poder omnímodo, no lo califica. Lo describe a partir de la construcción del personaje lunático, acuñador de paranoias, solitario habitante de un poder a horcajadas de lo doméstico y lo sagrado, atenazado por la melancolía de lo que se va de sus manos, lo que

se desvanece en cada momento, porque esa es la sensación del poder atrapado entre la perpetuidad y la volatilidad, y la obsesiva idea de la traición producto de esa fragilidad.

Imposible no evocar, al leer estos fragmentos de Andrade, las primeras página de *Yo el Supremo* de Roa Bastos cuando el dictador Francia ordena buscar entre las ratas de los calabozos a los autores del pasquín que anunciaba su muerte. O esa primera página de *El otoño del patriarca*, que recuerda el día en que los gallinazos se metieron por los balcones de la casa presidencial para festejar la muerte del dictador, noticia difundida por el propio dictador para reconocer a sus opositores.

El manejo de la ficción de Andrade se vuelve finalmente implacable cuando relata la emisión del decreto de clausura y reorganización del lupanar llamado «El Idilio»

En el Quito de los años treinta, clausura que, aseguran, obedeció a «un rencor escondido de Pepucho (Andrade llamará siempre Pepe Velasco al personaje de marras) quien en una de sus correrías insomnes habría caído en El Idilio encontrando un auditorio poco refractario a su elocuencia, porque prefería «zapatear a los acordes de Carioca o El manicero».

Intolerancia y caída, soledad y apoteosis, perpetuidad y volatilidad, vocerío y silencio, fidelidad y traición, lupanar y parlamento, aparentes opuestos que este narrador del poder los vuelve sinónimos, para subrayar una naturaleza corrupta. Y como una especie de anónimo corifeo, de continuidad de la incertidumbre, de eco del desconcierto que es el caldo de cultivo del ejercicio del poder, está ese rumor ciudadano que circula, que fragua las conspiraciones, que ambienta los golpes de Estado, y que Raúl Andrade lo describe tan desde la entraña misma de un ejercicio cotidiano y mojigato de la política cuando, dice Andrade, el rumor de que algo va a ocurrir pero que nadie sabe con precisión «se extiende como una nata aceitosa y cunde la intranquilidad, se expande el desconcierto, el miedo cruza por las calles como un fantasma evadido de la zona secreta del terror».

Estamos ante ese modo inédito de Andrade para enjugar la ficción del poder con la crítica ácida de una ciudadanía que no ha alcanzado aún más que la categoría de un corifeo que acompaña la tragedia nacional. Una ciudadanía que vive la constante zozobra de que algo ocurre en la cúpula y que se me asemeja al ejercicio del secreto de estado en nuestros días. Los poderosos alimentan desde los palacios las sospechas, los avatares secretos, las disputas silenciadas, porque con ellas aspiran a alimentar la majestad del poder, la lejanía del poder, la inviolabilidad del poder, el origen divino del poder. Solo el secreto les asegura la tensión ciudadana, porque desde esa conciencia de usur-

padores del Estado, un ejercicio transparente del poder democratizaría su acto litúrgico hasta volverlo accesible para todos. Frente al trazo sobre el delirio que se apodera del político, Andrade describe la vivencia popular de la política. No se trata del retrato del mandatario, se trata del retrato de la sociedad la que el autor busca en el espacio de los mentideros, de los cafés saturados de expectativas y correos de brujas, de cantinas donde quedan derrotadas todas las ilusiones societales (para utilizar un terminajo contemporáneo insoportable), de las calles donde los capitalinos viven la tensa calma de que «algo ocurre», «algo pasa», «algo se prepara», «alguien conspira».

Simultáneamente que Raúl Andrade deja en pelotas a los detentadores de la política, respira una añoranza permanente por la política.

«El periodismo es un mero marginador de hechos recientes. No aspira a la perdurabilidad del libro», sostiene Raúl Andrade. Pero en su caso, este ser marginador —que yo quisiera interpretarlo como su condición de relator desde los márgenes del hecho—, lejos de establecer los límites de sus artículos, recogidos, por otra parte, en libros como *Cocktails* o *Viñetas del mentidero*, no pueden desconocer un argumento que los traspasa: el constante interrogarse sobre el cuerpo social. Solamente que Andrade no reconstruye un cuerpo, sino que labra incisiones en un cuerpo. Actúa como aquél que, con la punta de una pluma traza con su propia sangre los tatuajes que serán, primero una incisión en el cuerpo real y más tarde una incisión en la memoria. Cada uno de sus textos periodísticos son, por tanto, apenas un tatuaje, pero simultáneamente, todo un tatuaje. Apenas y todo, dos condiciones que convierten su obra en un doloroso interrogatorio sobre el ser de un país marcado por las heridas políticas desde sus orígenes.

Andrade plasma un paralelo entre un García Moreno al que describe de perfil torvo y ceñudo, enlutado y siniestro personaje que cruza por los oscuros corredores de nuestro siglo diecinueve como un cilicio anticipado de penitentes en embrión, propio de «una época creyente y lóbrega en la que los fantasmas aguardan bajo faroles rudimentarios el paso de los trasnochadores extraviados para caerles zapatazos, con un retoño garcía morenito concebido en el molde de la patraña política del siglo XX».

Una doble dimensión de la obra de Andrade: apenas un tatuaje para componer un cuerpo íntegramente tatuado, el de la nación política. El de la caricatura de una caricatura, acudiendo a las palabras de Miguel de Unamuno.

Pero Andrade no solo traza los tatuajes en los que el protagonista es un personaje espectral: Velasco Ibarra. En las *Viñetas del mentidero* habla de un partido conservador que «se nutre y se ha nutrido, esencialmente, del supersticioso respeto que despierta con su aplomada y gris fachada de paquidermo». O de los jóvenes integrantes de una asamblea liberal, rémoras de la plutocracia, «todos marchitos, graves, cubiertos de una fúnebre capa de solemnidad

que ha ido ensombreciendo el panorama político de estos años», «comadrones expertos en la tarea de ayudar al alumbramiento del gobernador de esta ínsula magra y deshabitada». O de una ciudad, Quito, con una «impalpable humedad lacrimosa en el ambiente»; ciudad en la que «no hay gracias frescas, la carcajada está prohibida y la risa se arrastra como una serpiente clandestina».

Finalmente, el periodismo ecuatoriano nació como un relato marginal e implacable del poder político. Nació y se desarrolló como un factor político, desde los escritos de Espejo que requieren una lectura en sus resquicios, la necesidad de una desestructuración de su lenguaje. Más aún con la República, desde aquél Quiteño libre que solo pudo ser silenciado con los cuerpos de sus redactores colgando de los magros postes de una luz mortecina de Quito. Basta recorrer los nombres de los periódicos del siglo XIX para percibir ese aliento a combate, a desacuerdo, a oposición, que son la virtualidad y la miseria del ejercicio de la política. Títulos como: *El Guante*, *La Saetilla*, *La Bronca*, *El Fute*, *El Azote*, *El Intransigente*, *El Combate*. Periódicos que duraban lo que duraba una coyuntura, una dictadura, una campaña electoral, un mandato. Y que entre fines del siglo XIX y comienzos del XX desembocaron en las manifestaciones más lúcidas e implacables del humor en el periodismo ecuatoriano, con publicaciones como *Caricatura* o *Cocorico*. Y allí surgió ese humor sarcástico, agudo, imperdonable de Raúl Andrade. Nacido en el seno de ese periodismo y heredero de la irreductible conducta de Roberto Andrade o de Julio Andrade. Dos vertientes de la inconformidad y la rebeldía que en Raúl Andrade van a disolverse en un estilo en el que las palabras adquieren toda su luminosidad. ✱